

Que los cielos llenais de resplandores,
 Arrojad vuestras llamas devorantes
 Para colmar los valles, y triunfantes,
 Asolad, devorad tornando luego
 La tierra esclavizada en mar de fuego,
 En mar de fuego para ahogar los hombres.
 Su vil codicia, sus odiosos nombres.

Seducido por la belleza de los pensamientos que encierran estos diez y ocho versos, no he querido hacer notar las faltas de que en lo relativo á la forma adolecen, y mucho mas porque ocasion para apuntarlos no habrá de faltarme, cuando para terminar el exámen del poema, señaladas ya sus principales bellezas, indique yo las incorrecciones que en mas de un sitio merecen justa censura.

Despues de impetrar así, con tan arrebatadora expresion, la venganza de esos colosos, que por su arrogante postura, por la magestad con que levantan su frente á la azul region, parece que debieran ser los guardadores fieles de la libertad de Anáhuac; al ver el poeta que impasibles permanecen, reconoce su impotencia, acalla los clamores de su cansado pecho y entrégase á la triste meditacion de los duelos de la patria, y se conturba al pensar que tan odiosa esclavitud pudiese ser eterna por no haber un pecho magnánimo que con varonil esfuerzo venga tanta humillacion y tanta afrenta.

Mas súbito como celestial vision, contempla el poeta á un ministro de Dios en cuya frente blanquea la nieve de los años, con el semblante apoyado en la diestra mano:

Estátua inmóvil

A la vista parece; tiene fijos
 Los ojos en la tierra, sumergido
 En su meditacion. ¡Cuántos misterios
 En éxtasis tan largo,
 Contendrá ¡oh cielos! su pensar profundo!
 Mas le miro salir de su letargo
 Elevando la frente magestosa
 Y con voz resonante y poderosa
 Exclama LIBERTAD: el nuevo mundo
 Oyó la exclamacion; la redoblaron
 Los cóncavos del monte;
 Las selvas murmuraron
 LIBERTAD, LIBERTAD, y el horizonte
 Con ecos tan magníficos llenaron;
 Y el aire henchido con el grande acento
 Resuena libertad el vago viento.

Un crítico ha creido hallar en los cinco últimos versos de esa estancia, *pensamientos harto oscuros por la falta de precision en las voces que usa* el poeta. Si á los dos últimos se refriera la observacion, me pareceria fundada y justa, porque, es cierto que hay vaguedad en este dístico:

Y el aire henchido con el grande acento
Resuena LIBERTAD el vago viento.

Pero, ¿por qué decir lo mismo de los anteriores cuando no pueden encontrarse mas apropiadas frases para traducir aquellos pensamientos de que al exclamar LIBERTAD el anciano sacerdote, oyó el mundo nuevo la exclamacion, la redoblaron los cóncavos del monte, murmuraron las selvas tan mágica palabra, y el horizonte se llenó con tan magníficos ecos? No creo que esta estancia, que es la XI, aun notado ya el pequeño defecto que contiene, desmerezca en nada á las anteriores del poema que respira todo él una entonacion pindárica.

Ha sonado en los lábios del poeta el nombre de aquella cuyo culto llenaba su corazon ¿qué oportunidad mejor para dirigirle un apóstrofe sublime? No la desperdió Alpuche, y supo, al aprovecharla, emplear los recuerdos históricos que conservaba en su memoria, de los hechos gloriosos con que immortalizaron su nombre, inspirados por la libertad, antiguos y modernos héroes á cuyo lado el mexicano igualaba su grandeza.

Esta pequeña muestra de erudicion de parte del poeta, no inoportuna, nos dice como, aunque refi-

rado de la civilizacion de las grandes ciudades, como ya le hemos visto, consagraba al estudio algunas horas, siquiera fuese al de la historia únicamente, para encontrar en sus sábias páginas grandiosos hechos con que asimilar los de los patrios caudillos, cuyas hazañas eran el favorito tema de todos sus cantos.

Pasemos á examinar la estancia XII, en que ya lanzado por el héroe del poema el libre grito, se conmueven los pueblos al escuchar aquella voz y al ver á su caudillo cual génio vengador en cuya mano flamea una espada de fuego, al revolver de sus centellantes ojos se arrojan al combate para alcanzar la victoria ó la muerte. Aquí, preciso es detenerse á escuchar al poeta, que inflamado por la inspiracion divina y por patriótico ardor dice á Hidalgo:

Génio sublime, yo tambien te sigo,
Condúceme tambien, iré contigo
A arrostrar los peligros, denodado.
Condúceme á vencer para que arranque
De mi frente abatida
De la opresion el degradante clavo,
O abandone en la lid mi triste vida
De escarnio tanto y de baldon cargada.

Solo al verdadero poeta está reservado trasladarse á los tiempos pasados ya, como queriendo, para tomar parte en lucha tan gloriosa, hacerles desandar el camino ya traspuesto. Y ¿cómo no sentir tan generoso anhelo, si

.... el heroe ya, los riesgos afrontando,
Y conducido de un feliz destino
Va sus sienes de lauros adornando,
Va sembrando de triunfos el camino?

Alpuche le sigue, y por eso, de él acompañados, vemos rendirse á la soberbia y opulenta Guajuato, la de los montes de oro, entregándose al vencedor; despues asistimos á la célebre batalla de las *Cruces* en que el insurgente mide sus armas con las aguerridas huestes de Trujillo, envuelto en polvo, en humo, en sangre y fuego. En este lugar, ocúltase de nuestras miradas por algun tiempo el héroe de Dolores; pero en breve le vemos aparecer otra vez con nuevo y esplendente brillo, dirigiéndose á la ciudad imperial, al frente del ejército libertador. Pero oigamos al poeta:

Mas terrible que un dios cuando se irrita
Se avanza á la ciudad que en otro tiempo
Fué habitacion de libres, y hoy de esclavos.
La vencedora espada al aire agita,

Y al levantar las poderosas manos
Retiembla la mansion de los tiranos.

Este personaje, que es mas temible que un dios iritado y que al agitar la espada vencedora y al levantar sus manos poderosas hace retemblar la mansion de los tiranos, es digno de aquel cantor que, ciego, recorre los pueblos de la Grecia, y en medio de las plazas cuenta los desastres ocasionados por la ligereza de la hermosa Elena. Es digno sí de tan alta gloria, y Alpuche, con homérica entonacion supo inmortalizar sus hechos, y con ellos su antes modesto nombre.

Al aproximarse Hidalgo, Venegas el déspota, y los lisonjeros que le rodean, se cubren de terror se estremecen dominados por el espanto, y palidecen sus rostros. La hora de la venganza ha sonado; sobre las cabezas de los opresores está pendiente la espada del libertador; ya va á descargar su golpe.

Detiéndose aquí el poeta; ¿por qué se detiene? ¿qué cuadro tan espantoso es el que contempla, cuando así la voz se anuda en su garganta?

Ah! razon sobrada, le hace enmudecer! Hidalgo ha sido hecho prisionero, y es imposible que el furor del tirano deje de cebar en él su execrable za-

ña. Búscales el poeta por todas partes y al fin le halla:

.....En un cadalso
De mortíferas balas traspasado
Su cuerpo venerable, y su vestido.
Con la sangre que vierte, enrojecido:
Caidos los brazos, y su frente augusta
Sin poder sostenerla el cuello inerte,
Cae sobre su pecho, dominada
Del peso inexorable de la muerte:
Sus miembros sin vigor, sin luz sus ojos,
Su corazón no late....

No necesitaba mas un artista para trasladar al lienzo el episodio doloroso del suplicio del anciano cura. La magnificencia del cuadro es suprema; pero es preciso aprovechar su mismo horror, para infundir nuevo aliento, mas heroico brío, á los que combaten por la mas santa y justa de las causas. Por eso continúa Alpuéne:

.....Americanos,
Ved los tristes y míseros despojos
Que os dejaron de Hidalgo los tiranos.

Les recuerda aquellos tiempos tranquilos en que el párroco de Dolores elevaba su oracion en los altares por la salud de los hombres, y abandonando despues su pacífica morada se pone al

frente de los que, como él, quieren ver libre á la patria de Moctezuma y Guatimoc, hasta que vierte en un cadalso, no gota á gota sino á torrentes, la sangre de sus venas que humea al caer:

.....Pero no en vano
Que esa inocente sangre que ha vertido
La cruel atrocidad, y el torpe dolo,
Fecundará los senos de la tierra,
Y de ella brotarán los vengadores
Que hagan tronar desde el Darien al polo
Los ecos espantosos de la guerra;
Y á su aspecto terrible, á sus acentos
Sacudirá la tierra sus simientos,
Y caerá con estrépido el coloso
Del poder español, que levantaba
Su terrífica frente entre las nubes
Y á la América triste, dominaba.
Sobre su ruina elevarase entonces
Un bello monumento en que se inscriba
Con letras dignas de tan alta gloria:
Hidalgo fué quien libertó á la patria
Y la patria eterniza su memoria.

Así termina dignamente el poema, sin que su robusta entonacion decaiga un momento solo, en los trescientos veintitres versos de que se compone.

Yo sé, porque así asegúranlo los editores de la coleccion de que me valgo ahora para escribir es-

te imperfecto ensayo, que el cubano poeta Heredia, de quien he hablado ya, y de quien tendré ocasion de volver á ocuparme en el curso de este escrito, escribió un juicio acerca del poema de Alpuche, haciéndole tanto honor cual la obra merecia. Pero ni el ejemplar se conserva de tan preciado documento, ni aun los mismos editores poseerlo alcanzaron, siendo infructuosas las pesquisas que para conseguirlo hicieron.

Lamentable desgracia es en verdad, pero consuélese el lector benigno, puesto que el poema existe y sus resplandores brillantes lo denuncian á los que ansian apurar los tesoros que enciérranse en él.

Natural es, conocida la escasa educacion literaria del autor, que adolezca la obra de algunos defectos inalienables tambien á todo humano trabajo. Así, con frecuencia deplorarán los exigentes observadores de las reglas métricas, el uso inmoderado de palabras asonantes entre sí, mezcladas sin reparo en los finales de verso, con otras en que se observa rima forzosa; y aun la acumulacion de ellas en un solo verso, hiriendo á un oído dedicado.

¿Pero qué importan descuidos tan ligeros, si tal vez así el poeta expresó mas claramente un pen-

miento brillante sin debilitarlo al rebuscar frases para decirlo de mas pulcro modo? ¿Cómo pretender con tan nimias exigencias sujetar el vuelo de esa águila atrevida que se lanza á los espacios en alas de una imaginacion portentosa? Dejad, pues, libre paso al que llama á las puertas de la gloria sin el temor trivial de que se le niegue allí el puesto reservado al génio, por haber cometido *la grave culpa* de emplear alguna vez un giro vulgar, ó una frase comun en el popular lenguaje.

No, no seré yo ciertamente, quien aquí señale alguna incorreccion de tu hermoso poema, Alpuche inmortal. Apártense en hora buena de imitar tus descuidos, los que en tus obras hallen celestial deleite; mi voz débil no servirá sino para señalarles tu luminosa huella, porque conduce á la inmortalidad y á la gloria.

Pero si es cierto que poco acertada accion habia de aparecer la mia, deteniéndome á juzgar frase por frase el poema «*Hidalgo*,» no lo es menos que faltaria al deber que me he impuesto de hacer notorias sus buenas cualidades. Examinemosle pues en su idea ya que no en su forma.

Feliz y acertado anduvo, sin duda, el poeta en la eleccion del tema de su canto. Para comprenderlo, será bastante abrir las páginas de nuestra

historia, pues en ellas, como astro esplendoroso, resplandece la colosal y sublime figura del venerable cura de Dolores, caudillo y mártir de una guerra que no por menos bien descrita hasta los días que alcanzamos, deja de ofrecer abundantísimo material para epopeyas grandiosas. ¿Qué mejor lugar que el que hoy el acaso me ofrece, para consagrar merecido tributo de santa recordacion, al padre de nuestra libertad?

Rodeado de todos los bienes que constituir pudieran la felicidad de un hombre, cuyas pasiones habia calmado el tiempo que todo lo aniquila, menos el santo amor á la libertad y á la virtud, encontramos á D. Miguel Hidalgo y Costilla, amado de sus feligreses que escuchaban su voz como del cielo; contribuyendo á la paz y doméstica felicidad de su pueblo, mejor diré, de su gran familia; fomentando la agricultura y la industria, y todo eso sin dejar en olvido las obligaciones que su sacerdotal mision le imponia, detiéndose una vez á considerar la abyeccion en que la patria se encuentra hundida; duelese de la esclavitud que con aparente calma y resignacion sobrelleva el mexicano pueblo; resuenan en su oido los lamentos del indio azotado por amo cruel; ve las lágrimas que vierten los envilecidos descendientes del indomable az-

teca al entregar al encomendero ambicioso la mayor parte del fruto de un trabajo que no basta á satisfacer el hambre de una esposa tierna y de hijos adorados; recuerda el brío y la constancia tenaz del mexicano presentando el pecho desnudo como dique al paso del conquistador; comprende que los años sobradas lecciones le han dado para conocer los resortes que tocar debe quien á su voz pretende levantar á todo un pueblo y conducirlo á la victoria y á la conquista de sus libertades. Se abisma en tan hondos pensamientos, y al dirigir una mirada al trono de los reyes españoles, lo encuentra débil, casi imponente para sofocar á tan gran distancia una rebelion cuyo fuego, como la llama de voraz incendio, habia de extenderse por todas partes, de un ámbito á otro, con vertiginosa y eléctrica rapidez. Entonces, inspirado acaso por los manes de las víctimas sacrificadas con crueldad impía en las hogueras del conquistador ó de los fieros inquisidores, concibe un pensamiento grandioso, que, realizado, daria libertad á la patria y gloria imperecedera al que ejecutarlo osase.

No la muerte que con amenazadora faz se le presentaba, no el cadalso ignominioso, no el temor de las excomuniones que la iglesia habia de for-

mular contra él; nada de eso le arredra, y marcha impávido al combate, y de pacífico ministro del altar tórnase en esforzado guerrero, desafía la muerte y la recibe por último pisando con estóica serenidad las gradas del patíbulo, empleando la sombría noche que precede á la ejecucion, en componer versos que revelarian despues la gratitud de aquel noble corazon hácia sus carceleros, por que no le ultrajaron. Hé aquí reducida á mínimo espacio la vida del héroe del poema de Alpuche. ¿No es verdad que tan hermosa figura, para el poeta ó para el historiador, es en alto grado digna de todo encarecimiento?

El guerrero no hallará en Hidalgo el gefe instruido y práctico en el arte militar, y atraerá mas sus miradas Morelos; el político apreciará mas el génio organizador de Rayon; pero nadie que sienta latir en su pecho un corazon mexicano dejará de tributar merecido honor al primero que levantó la voz para derribar el trono; ninguno por mas que invoque en su auxilio la historia de los desórdenes que las informes huestes insurgentes cometieran, podrá ofuscar gloria tan brillante. ¿No vemos ahora, cuando la civilizacion ha hecho oír su voz en la mayor parte del mundo conocido, cometer abusos sin cuento, crímenes sin nombre en

las frecuentes luchas de los pueblos, no ya contra los extraños, sino contra sus hermanos mismos?

Consideracion ninguna basta á rebajar el mérito de Hidalgo; en él miro al genio de la libertad; para mí es el arquitecto que con mano maestra traza el plano del soberbio palacio cuyos muros desafiarán edades y generaciones, ¿qué me importa el alarife que ejecutara una obra no concebida por él mismo? Los servicios de los que detrás de Hidalgo vinieron, me recuerdan á aquellos traductores que se engalanan con agenos pensamientos; jamás la gloria del traductor, si caberle puede gloria alguna, igualará á la del que concibe y crea.

Pues bien, tan alta gloria como la que Hidalgo, *el adalid primero*, como le nombra al paso Quintana Roo en su Oda á la Independencia, no habia sido cantada con la gran magnificencia con que Alpuche vino á hacerlo. Quintana Roo mismo, de quien acabo de hablar, relacionado íntimamente con el caudillo de Dolores, e nocedor de la superioridad y grandeza del héroe, ¿consagrole acaso determinado fruto de su cultivada inteligencia en clásicas y magníficas estancias como lo eran las suyas? Sanchez de Tagle, uno de los poetas cantores épicos de nuestra emancipacion gloriosa, seducido por el faustoso brillo y aparato de que Itur-

bide se rodeaba, ¿no le dió la preferencia al antes soldado realista? ¿Cantó acaso á Hidalgo con el entusiasmo y el fuego que desplegar quería para enaltecer á aquel mismo que al estallar la rebelion insurgente, peleó no ya digo con valor, con encarnizamiento cruel para sofocarla? Ochoa, en su oda en el Grito de la Independencia, ¿no habla de Victoria y de Guerrero, de otros héroes, del que formó el plan de Iguala, sin consagrar merecida recordacion al verdadero personaje del canto que elevaba? ¿Por qué Victoria, Guerrero é Iturbide que al grito de Dolores no estuvieron presentes, por mas que, trascurrido el tiempo tan grandes se hubiesen manifestado, habian de alcanzar la gloria que á solo Hidalgo corresponde en el episodio que el poeta quiso celebrar?

Si con la calma que para ello se necesita y dando mas extension que la que debe tener, á este ensayo, pretendiera recorrer una á una las poesías consagradas á la Independencia, veríais usurpada la gloria que por legítimo derecho á Hidalgo corresponde. Iturbide ¿es acaso en la conciencia hoy desapasionada de nuestro pueblo, el afortunado caudillo á quien concederse debe la palma de la gloria, y el incienso de los corazones, y el canto de la gratitud?

Para opinar de tan errada manera necesitaríase cubrir con espeso velo, borrar las páginas sangrientas en que la historia nos enseña al que despues fué asesinado en Padilla, dando la muerte á los primeros soldados de la libertad mexicana. Ardiente, incansable perseguidor de las huestes patriotas, le vemos conquistar grado á grado los brillantes oropeles que ostentara su uniforme, y tén-gase en cuenta, que rabioso, inicuo el dominador si á un criollo concedia tales honores, era porque se habia distinguido entre los que sofocar querian el aliento generoso y noble de un pueblo que anhelaba ser libre. Abrumado Iturbide con el peso de sus victorias, aduermese una vez, y ambicion tentadora le muestra en su sueño un trono rodeado de riquezas y medio envuelto entre el humo de las li-sonjas cortesanas. México entera ansía su libertad y sucumbirá primero que abandonar la ya comenzada lucha. El gafe realista con fútiles pretextos abandona sus filas, deserta, y pásase al lado de los que desde el primer instante amaron la libertad.

Generosos estos, dan á olvido los crímenes del valiente que pretende cobijarse con la bandera ó lábaro santo de Hidalgo, y, soldado afortunado, encadena á la victoria por algun tiempo, y se rea-